

Nueva Antropología 23

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

PRESENCIA DE MARX EN LA ANTROPOLOGIA MEXICANA

*JORGE ALONSO, Volver a Marx para transformar el hoy •
BRIGITTE B. DE LAMEIRAS, El origen del Estado en el
Valle de México • ESTEBAN KROTZ, Cultura y análisis
político • VICTORIA NOVELO, La cultura obrera • HECTOR
TEJERA G., Estructura agraria y diferenciación campesina •
EDUARDO MENENDEZ, Estructura, relaciones de clases
y la función de los modelos médicos • JUAN MANUEL
SANDOVAL, El proceso de trabajo en el proceso de
hominización • CARLOS GARCIA MORA, La cuestión de
la sociedad y la naturaleza en la antropología mexicana •
ANDRES MEDINA, El Estado en Mesoamérica •
Documentos.*

El origen del Estado en el Valle de México

MARXISMO, MODO DE PRODUCCION ASIATICO
Y MATERIALISMO ECOLOGICO EN LA
INVESTIGACION DEL MEXICO PREHISPANICO

Brigitte B. de Lameiras

Después de cuatro o cinco décadas de investigación arqueológica y etnohistórica sobre el México prehispánico inspirada en modelos teóricos materialistas, la búsqueda por el origen del Estado y de la estratificación social obliga a remontarnos cada vez más en el tiempo. Conocemos a ahora bien las características de la sociedad mexicana, sus sistemas económicos y la organización despótica de su gobierno. Mil años antes Teotihuacan fue el centro político, económico y religioso plenamente urbano de un vastísimo territorio en el que la división social del trabajo estaba bien des-

arrollada. Aún se discute ahora si las ciudades que la precedieron estaban organizadas políticamente en forma de jefaturas o Estados y si eran de verdad urbanas o cumplían una función meramente ceremonial.

Después de exponer en forma muy escueta la historia de la influencia marxista, del modo de producción asiático y del materialismo ecológico en los estudios sobre el México antiguo, me aventuraré como etnohistoriadora con algunas sugerencias en la interpretación de las huellas de un pasado remoto que sólo los arqueólogos podrán comprobar.

MARXISMO,
 MODO DE
 PRODUCCION ASIATICO Y
 MATERIALISMO ECOLOGICO
 EN LA INVESTIGACION DEL
 MEXICO PREHISPANICO

La preocupación por el análisis sociológico del México prehispánico arrancó del marxismo como apoyo teórico y de la necesidad del Estado post-revolucionario, con pretensiones socializantes, de implementar agencias que se ocuparan del pasado y del presente indígena ideológica y pragmáticamente. No es posible desligar las corrientes mexicanas del campo internacional y, en este sentido, resultaron tangenciales los años treinta y cuarenta.

La expansión del nacionalsocialismo en Europa, la guerra civil española y la segunda guerra mundial causaron el éxodo de pensadores y militantes del marxismo crítico antropológico a América. Las tendencias socialistas de la intelectualidad mexicana, respaldadas por el régimen de Cárdenas, se encauzaron a través de instituciones fundadas *ad hoc* y se conjugaron con los aportes de refugiados europeos para trascender en la elaboración de marcos y conceptos teóricos que, a falta de novedad, se perfilaron por primera vez sistemáticamente en la investigación.

Tanto en México como en los Estados Unidos de Norteamérica las influencias de Kirchoff y de Wittfogel contribuyeron a una marcada reorientación de las investigaciones

arqueológicas y etnohistóricas del México antiguo.

Entre 1936 y 1937 Kirchoff enseñaba en el Museo Nacional de Antropología que la etnología, como el estudio de la sociedad primitiva sin clases, es complemento necesario de la historia, vista como materialismo histórico, dedicada a la sociedad clasista "...Lo que nos interesa sobre todo", insistió, "son las formas transitorias entre la sociedad sin clases y la sociedad clasista." (Kirchoff s.f. 1979: 19). Y subrayó: "La primitiva sociedad sin clases, sobre todo en sus etapas superiores, nos da la oportunidad de estudiar las raíces de dos instituciones que dominan por completo la historia de los pueblos modernos: las clases sociales y el Estado." (*Ibid*: 13).

Las culturas mesoamericanas (así definidas por él) atrajeron la atención del investigador alemán justamente por esa posibilidad que ofrecían para constatar empíricamente lo propuesto por la teoría: el desarrollo del germen de la dominación de la producción económica sobre la producción para la procreación; el desarrollo en vínculos de consanguinidad a uno en el que predominan las relaciones de clase (*Ibid*: *passim*).

Las preocupaciones sembradas por Kirchoff en otros transterrados como él más jóvenes, como en mexicanos, tardaron algún tiempo en fructificar.

La comprensión cabal de las civilizaciones mesoamericanas se veía,

entonces, inhibida por la interpretación que había formulado Bandelier sobre la sociedad azteca y en la cual se basó Morgan para colocarla en la etapa de la barbarie en su esquema de la evolución que, por lo demás, fue aceptada por esta vía y difundida por el pensamiento marxista. Muy vinculada a este freno intelectual estaba la convicción del bajo desarrollo de la producción agrícola y de la tecnología instrumental y, para explicar las manifestaciones evidentes de alta cultura, se buscaron otros factores —la religión o la difusión—, que no la evolución interna de las fuerzas productivas.

Por esos extraños vericuetos por los que camina la búsqueda del conocimiento, algunos postulados paradigmáticos se dieron en apariencia desvinculados en el tiempo y en el espacio. La proposición de Manuel Moreno sobre una organización de tipo estatal entre los aztecas data de 1931, pero es recogida como inquietud apenas diez o quince años después por estudiosos preocupados por un análisis sociológico de las instituciones prehispánicas, como lo fue Monzón en su trabajo sobre el *calpulli* (1949), Acosta Saignes en el de los *pochteca* (1945).

El tema de la agricultura de riego encontró a su primer interesado en Armillas (1949 y 1950) y junto con él a sus compañeros de estudio en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Palerm y Wolf, cuando don Pablo Martínez del Río, viendo su

particular inquietud, les dio a leer un escrito de Wittfogel.

Algún día la arqueología y la etnohistoria mexicanas tendrán que hacer el examen de conciencia que hasta la fecha han rehuído, por haber dejado escapar de su responsabilidad durante tantos años la investigación sobre los aspectos sociales y económicos de su pasado prehispánico. Las instituciones oficiales fueron absorbidas por el pragmatismo —indigenismo, por un lado, reconstrucción de sitios arqueológicos para el turismo y afán de hallazgos espectaculares para los museos, por el otro. En la academia volvieron a imperar el historicismo y un eclecticismo poco comprometedor. La preocupación teórica se vió forzada a retraerse o a emigrar antes de encontrar refugio precario en la Universidad Nacional Autónoma de México y en otros centros de investigación menos dependientes del Estado. Apenas con el retorno de los emigrados, como Carrasco y Palerm, y a partir del movimiento estudiantil de 1968 volvería a las aulas el marxismo y a las reuniones académicas públicas la discusión sobre los modos de producción, en lo que al México antiguo se refiere, el modo de producción asiático, sin trascender notablemente en la investigación arqueológica de campo.

Hacia 1940 en los Estados Unidos renació también el interés por las explicaciones causales en los procesos del cambio social, suscitado por la necesidad de modelos teóricos adecuados para la comprensión e interpreta-

ción de los materiales de campo aportados por dos de las disciplinas que se perfilaban con visos científicos en ese país: la antropología social y la arqueología. No es un hecho casual que los principales exponentes de la ecología cultural y del neoevolucionismo fuesen receptores de la influencia intelectual de los marxistas europeos inmigrados.

El encuentro en los Estados Unidos del pensamiento marxista europeo, de los reemigrados de México y de antropólogos norteamericanos antibelicistas receptivos a su influencia fue favorable en la década de los cuarentas a la continuación de la investigación etnohistórica sobre la sociedad prehispánica y al planteamiento de los problemas teóricos que directa e indirectamente conducirían la exploración en México de varios arqueólogos norteamericanos. A partir de 1950 y a raíz de la guerra de Corea, sin embargo, tuvieron que inventar nuevos términos para decir cosas viejas y escapar, así, a la persecución macartista. Algunos de los postulados originales quedaron olvidados por las nuevas generaciones, que volvieron a explicaciones causales mecánicas de los procesos sociales y culturales. No obstante, el impulso a la investigación fue fructífero y contribuyó a poner en duda los postulados ortodoxos sobre cuestiones fundamentales de la teoría de la evolución al perfilarse el trabajo de campo a América Latina y apartarse de las áreas tradicionales de la curiosidad antropológica europea.

Las obras del arqueólogo australiano V. Gordon Childe influyeron para levantar la proscripción de las teorías de la evolución y, en los Estados Unidos, fue Leslie White quien insistió en explicar el fenómeno cultural a partir de las formas de obtención de la subsistencia. Steward (1949 y 1955) impugnó el determinismo tecnológico de White e insistió en la historicidad de la cultura y en la necesidad de explicar las divergencias evolutivas.

La posibilidad explicativa de las determinante hidráulica en la formación de los Estados despóticos de la antigüedad, que Wittfogel aplicaba a su análisis de la sociedad china, estimuló decididamente a Steward para proponer en 1949 tres modelos sobre el origen del Estado, proposición que culminó poco después en un symposio celebrado en Tucson, en el que se presentaron materiales comparativos sobre Mesopotamia, el área andina y Mesoamérica y donde el mismo Wittfogel expuso resultados de sus investigaciones en China (Steward. *et al*, 1955).

Se había dado un gran paso hacia adelante: Mesoamérica y la región andina podían ser incluidas comparativamente en el orden de las sociedades hidráulicas y ocupar legítimamente su lugar en la categoría "civilizada" de la evolución, que les había sido negado; a Mesoamérica por la ausencia de rasgos definitorios postulados en la evolución del viejo mundo como lo son el uso de metales en la tecnología productiva y el del arado.

La aplicación del modo de producción asiático a Mesoamérica por parte de los antropólogos de habla hispana ha significado la mayor contribución al conocimiento del México prehispánico en los últimos cuarenta años. Las pesquisas de Armillas, Palerm y Wolf descubrieron la magnitud y complejidad de la agricultura hidráulica y los estudios de Carrasco revelaron la existencia de un sistema económico centralizado y la conjugación del poder económico y político en lo que él prefiere llamar el "estamento" dominante.

Los arqueólogos norteamericanos de la generación directamente influenciada por los enfoques materialistas se apartaron un tanto de las interrogantes originales sobre el origen de las clases sociales y el Estado y sobre el papel del riego en el origen de la civilización, pero mantuvieron la búsqueda por la demostración de los procesos de trabajo y experimentación que llevaron a una creciente eficiencia en la utilización del medio ambiente para explicar la estructura social y las manifestaciones de alta cultura en Mesoamérica.

Sauer (1952, 1957) propuso orígenes y adaptaciones en América de los principales cultígenos; McNeish (1967) estableció la secuencia evolutiva de la domesticación de plantas y la relación con la creciente complejidad de los sitios habitados; Flannery en varias obras relacionó la apropiación de plantas y animales por el hombre primitivo con la organización social del trabajo.

Respecto a nuestra área de estudio, los proyectos de Millon sobre la ciudad de Teotihuacan y de Sanders sobre el valle del mismo nombre revelaron la historia de la ciudad y su relación con el área de producción agrícola inmediata. El proyecto del valle de México, dirigido también por Sanders, sobre patrones de asentamiento y demografía aportó también instrumentos para el análisis de los cambios cuantitativos y cualitativos en la historia del altiplano central.

Hay que mencionar también los proyectos arqueológicos mexicanos que lograron perfilar sus inquietudes marxistas a la investigación a raíz del parteaguas de 1968 y los trabajos de algunos arqueólogos vinculados a proyectos extranjeros que aportaron empíricamente para conocer mejor ciertas regiones del quehacer que nos ocupa. A riesgo de omisión de muchas excavaciones importantes, considero muy fructíferas las que se realizaron en el marco del Proyecto Tula del Instituto Nacional de Antropología e Historia bajo la dirección de Matos, las del sitio de Cacaxtla en Tlaxcala efectuadas por Daniel y Diana Molina y la participación de los arqueólogos García Cook y Abascal en el proyecto Puebla-Tlaxcala de la Fundación Alemana para la Investigación Científica. *Una proposición para el análisis del origen de la división social del trabajo, de la estratificación y del Estado en el valle de México.*

Palerm y Wolf propusieron en 1957 (1972) un esquema evolutivo

hipotético basado en la intensificación de la agricultura y de la utilización del riego y la humedad, que ha sido generalmente aceptado por los arqueólogos. Las primeras áreas clave de desarrollo cultural en Mesoamérica, según estos autores, dependerían de la agricultura de roza y quema y estuvieron situadas en las regiones de buen temporal. En las zonas áridas, en cambio, tuvieron un desarrollo tardío y demandaron de sistemas de irrigación complejos, con el tiempo llegaron a integrar en forma simbiótica —con mercados y sistemas de tributación— la producción de otras zonas ecológicas lograda por todo tipo de sistemas de cultivo.

Contamos ahora con cierta información arqueológica sobre el valle de México que nos permite proponer nuevas hipótesis sobre los procesos de diferenciación social desde los inicios del sedentarismo hasta la concentración del poder político y económico en las ciudades del "Apogeo Regional" representado al interior del partaguas por Cuicuilco y Tlapacoya. El hilo conductor será el análisis del trabajo y de su organización como activador de la transformación de los medios de subsistencia y de la organización social.

Algunos hallazgos aislados hacen remontar los procesos hasta el tercer milenio antes de nuestra era. Sin embargo, es sólo a partir de 1500± a.n.e. que se pueden establecer inferencias más específicas, cuando se logró el primer híbrido del maíz

(Mangelsdorf, MacNeish y Galinat, 1964). Para esta fecha se encontraban ya en construcción los grandes monumentos "olmecas" de San Lorenzo (Coe, 1968, 1970). En el valle de México apenas se registra un incipiente sedentarismo agrícola.

Las primeras aldeas se establecieron en los nichos más propicios para el crecimiento del maíz. Es probable que otras plantas —hauhtli, calabaza, frijol, chile, maguey, nopal y frutales— fuesen cultivadas desde antes. La introducción de un maíz de mayores rendimientos fue la que provocó los cambios y esta fue posible por procesos de trabajo humano.

Dadas las características pluviométricas del valle y la temporada relativamente corta exenta de heladas el cultivo del maíz estuvo restringido a pocos nichos favorables. Estos parecen haber sido aprovechados de inmediato¹. Todos los sitios localizados arqueológicamente estaban adosados a

¹ En el sur del valle los sitios están adosados a los cerros Tlaltenco y Tlapacoya (Parsons 1973: mapa 4; Blanton, s.f.: fig. 2). En el centro coinciden con las aldeas que precedieron a pueblos importantes del formativo medio: Tlatilco, Zacatenco, El Arbolillo, Ecattepec (Piña Chan 1967) y el sitio No. 3 del reporte de Blanton (s.f.: fig. 2). En el valle de Teotihuacan los sitios están en las laderas bajas de la sierra de Patlachique (Sanders 1964).

cerros que los protegían de los vientos del norte y contaban con fuentes de agua perennes como manantiales o pequeños ríos que permitían el riego de las tierras alledañas mediante pequeños surcos sangrados a la corriente principal. Contaban también con terrenos de alto nivel freático a orillas de los lagos, lo que, además de garantizar mayor humedad, permitió abrir pequeños pozos y extraer el líquido con bolsas o cántaros (Blanton, s.f.). El sedentarismo es notorio en la concentración de restos cerámicos y en las huellas de pisos y muros habitacionales. Durante el período que precedió al formativo medio (800 a.n.e.) se construyeron las primeras plataformas para templos conocidas en una aldea cercana a Tlapacoya (Blanton, s.f., Parsons 1973).

Hacia 1300 a.n.e. había ya sitios más complejos en varias regiones de Puebla, Morelos y Guerrero, con las características que se presentarían en el valle de México hasta el siglo octavo anterior a nuestra era: terrazas y ban-

cales, presas y canales de conducción de agua, asentamientos grandes y compactos con diferenciación interna de especialidades productivas y arquitectura pública monumental que, probablemente, marcaba ya los ejes del trazo urbano.² Los centros de los poblados contenían, también, los depósitos de agua para el centro urbano y distribuían el líquido sobrante a los terrenos de cultivo. La posición ribereña de estos sitios daba acceso a los recursos lacustres; todos contaban con un valle aluvial factible de ser terracedo.

Los poblados agrícolas menores semejantes a los del período anterior se multiplicaron. No contaban éstos con las instalaciones ni con la diferenciación interna que caracterizaron a los más grandes. La ausencia en ellos de espacios destinados al ceremonial y a otras actividades públicas hace suponer que sus pobladores asistían a los centros mayores para cumplir con estos aspectos de su vida social.

Este breve resumen de las evidencias arqueológicas me permite esbozar

² Los sitios más grandes y que muestran un crecimiento acelerado son Cuicuilco y Tlapacoya. Pero hay otros asentamientos que mostraban una dinámica semejante: en las riberas del lago de Chalco y Xochimilco había uno entre Tezonco y Zapotitlán (Blanton, s.f.: fig. 3); otros entre Nativitas y Santa Cruz Acalpíxca, al oriente de Tulyehualco, cerca de San Pedro Tecomítl,

junto a Ayotzingo y al oriente de Tenamatla (Parsons 1973: mapa 5). En el centro del valle estaban Zacatenco, El Arbolillo, Ticomán, Ecatepec y Chimalhuacán (Piña Chan 1958; Vailant 1930, 1931, 1935; Du Solier 1949; Sanders 1975; Parsons 1967). Aparecen también poblados grandes en la zona septentrional en Atlámica y Cuauhtitlan (Sanders 1975).

hipotéticamente dos momentos importantes en el origen de la división social del trabajo y de la diferenciación social, cuyas características muestran la gestación del patrón socio-cultural distintivo del México antiguo.

Anteriormente, el hombre había aprovechado los frutos que la naturaleza le brindaba con el conocimiento acumulado de sus ciclos de crecimiento y reproducción. La distribución de las tareas de caza, pesca y recolección no había creado derechos permanentes sobre los recursos ni había limitado el acceso a ellos a ningún miembro de los grupos trashumantes. Desde mucho atrás el hombre intervenía en la creación de las condiciones propicias a la reproducción de su sustento y la naturaleza respondió a estos estímulos con variaciones genéticas que, en un momento dado, resultaron en especies incapaces de realizar su ciclo vital sin el hombre.

El maíz apareció como una especie con exigencias especiales: requiere de la presencia continua de su amigo, el hombre, y éste, cautivado por él, ya no sobrevive en su ausencia. Cuanta más atención reciba el maíz, más abundante y mejores serán sus granos.

Los actores principales en la agricultura maicera son la tierra, el agua, la planta y el hombre. La obra requiere de una compleja puesta en escena para su realización. La relación que estos cuatro actores establecen entre sí afecta y modifica sustancialmente su interacción con el resto del equipo geográfico y humano.

El cultivador, creador de un medio artificial, tomó posesión de él y no lo compartió con los demás productores. Dejó de participar en la secuencia anual completa del trabajo de subsistencia y, sin perder la necesidad de los nutrientes y materias procedentes de la naturaleza prístina, se encargó de reprogramar el ciclo estacional del trabajo. Se instaló como centro rector, en torno al cual giraron los demás grupos para realizar su intercambio.

La caza, la pesca y la recolección se convirtieron también en actividades especializadas dependientes del intercambio y obligadas a incrementar su eficiencia productiva; esto se logró mediante el perfeccionamiento de la destreza física y del conocimiento de los objetos naturales de apropiación, así como el desarrollo de técnicas de semidomesticación. Fueron, pues, la actividad económica de segmentos especializados de la sociedad, no la de grupos menos evolucionados.

La división social del trabajo se dio primero, entonces, entre cultivadores, cazadores, pescadores y recolectores. El grupo dominante pudo haber sido ya el agricultor, que logró crear y controlar una naturaleza secundaria. Su dominio se expresó en la apropiación del trabajo intelectual necesario a la programación de los ciclos estacionales de las actividades de subsistencia. Interpuso en sus relaciones con los demás hombres la idea religiosa y creó, imaginativamente, a los dioses como responsables de las

diferencias resultantes del proceso de trabajo humano.

El segundo momento estuvo marcado por la diversificación de los sistemas de cultivo que diferenció a los agricultores de acuerdo con los requerimientos de trabajo en la creación y mantenimiento de sus tierras y las obras de riego. Aquí el grupo dominante prefirió la dedicación de tiempo completo a la árdua tarea intelectual e institucionalizó sus funciones políticas e ideológicas. Permitió al trabajador manual que invirtiera sus excedentes en tiempo libre en construir sus aposentos y edificios institucionales y adornarlos, así como en abastecerlo de objetos suntuarios.

Así, desde sus orígenes, la estratificación social en el valle de México se debió al acceso diferenciado a determinados recursos estratégicos, que no se distinguieron por su particular distribución en la naturaleza, sino por los requerimientos de trabajo prolongado y constante del hombre para hacerlos utilizables. La apropiación y el control de ese trabajo por parte de la clase dominante se ejerció a través de la institucionalización estatal de la política en la religión.

REFERENCIAS

ACOSTA SAIGNES, Miguel, (1945)
Los pochteca. Ubicación de los

mercaderes en la estructura social tenochca. México, DF, ENAH (Acta Antropológica, I-1).

ARMILLAS, Pedro (1949) "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica. Cultivos de riego y humedad en la cuenca del río de las Balsas", INAH, *Anales*, 3:85-113.

(1950) "Las chinampas de México" en *Cuadernos Americanos*, 50; 165-182.

(1951) "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica", en *The civilizations of ancient America*, XXIX Congreso Internacional de Americanistas. Chicago, The University of Chicago Press.

BANDELIER, Adolf F., (1878) "On the distribution and tenure of lands and the customs with respect to inheritance among the ancient Mexicans", *Eleventh Annual Report of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*. Cambridge, Mass.

(1880) "On the social organization and mode of government of the ancient Mexicans", *Twelfth Annual Report of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* Cambridge, Mass.

- BLANTON, Richard E., (s.f.) "Patrones de asentamiento prehispánico en la región de la península de Ixtapalapa, cuenca de México", INAH, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Expediente Blanton.
- COE, Michael D., (1968) *America's first civilization: discovering the olmec*. Nueva York, American Heritage.
- COE, Michael D. y R. Cobean, (1970) "Obsidian trade at San Lorenzo Tenochtitlan, México", 35th Annual Meeting of the Society for American Archaeology. México, D.F.
- DU SOLIER, Wilfrido, (1949) "Cerámica arqueológica de San Cristóbal Ecatepec", INAH, *Anales*, III. 27-57.
- KIRCHHOFF, Paul (1979) "Etnología, materialismo histórico y método dialéctico", *Antropología y Marxismo*, I,1:11-38.
- McNEISH, Richard S., (1967-1970) *Prehistory of the Tehuacan Valley* (Ed. D.S. Byers. Austin, Texas, The University of Texas Press.
- MANGELSDORF, P.C., R.S. McNeish y W.C. Galinat, (1964) "Domestication of corn", *Science*, 143:538-545.
- MONZON, Arturo, (1949) *El calpulli en la organización social de los tenochca*. México, D.F., UNAM (Instituto de Investigaciones Históricas, Publicaciones 1a. Serie, 14).
- MORENO, Manuel (1931) *La organización política y social de los aztecas*. México, D.F., UNAM.
- MORGAN, Lewis Henry, (1964) *Ancient Society*. Ed. Leslie A. White, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press.
- PALERM, Angel y E. Wolf, (1972) *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México, D.F., SepSetentas.
- PARSONS, Jeffrey R. (1967) "Prehispanic settlement patterns in the Texcoco region, Mexico", INAH, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Expediente Parsons.
- (1973) "Reconocimiento superficial en el sur del valle de México", INAH, Departamento de Monumentos Prehispánicos, Expediente Parsons.
- PIÑA CHAN, Román (1967) *Una visión del México prehispánico*. México, D.F., UNAM (Instituto de Investigaciones Históricas, Culturas Mesoamericanas 1).

- (1975) *Teotenango, el antiguo lugar de la muralla*. Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo.
- (1958) *Tlatilco*. México, D.F., INAH.
- SANDERS, William T. (1964) "The Teotihuacan valley project. Final progress report", INAH, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Expediente Sanders.
- (1975) "Settlement surveys in the northern and western basin of Mexico, 1974-1975", INAH, Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Expediente Sanders.
- SAUER, Carl (1952) *Agricultural origins and dispersals*. Nueva York, American Geographical Society.
- (1957) "Age and area of American cultivated plants", *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, I: 215-229.
- STEWARD, Julian H. (1949) "Cultural causality and law: a trial formulation of the development of early civilizations", *American Anthropologist*, 51: 1-27.
- (1955) *Theory of cultural change: the methodology of multilineal evolution*. Urbana, Ill., The University of Illinois Press.
- STEWARD, Julian H. *et al*, (1955) *Las civilizaciones antiguas del viejo mundo y de América*. Washington, DC, Unión Panamericana (Estudios Monográficos I).
- VAILLANT, George C. (1930) "Excavations at Zacatenco", American Museum of Natural History, *Anthropological Papers*, 32: 1-197.
- (1931) "Excavations at Ticoman", American Museum of Natural History, *Anthropological Papers* 32: 199-439.
- (1935) "Excavations at El Arbolillo", American Museum of Natural History, *Anthropological Papers* 35: 137-279.
- WHITE, Leslie A. (1949/1971) *The Science of culture. A study of man and civilization*. Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.